

## En el nombre del padre

**Roger A. Zapata**

Montclair State University

Soy, pero también el otro, el muerto,  
El otro de mi sangre y de mi nombre.

*Junín*, Jorge Luis Borges

Alonso Cueto es un prolífico autor de libros de cuentos, novelas, ensayos y obras teatrales, entre las que habría que destacar *El tigre blanco* (Novela, 1985), *Deseo de noche* (Novela, 1993), *Encuentro casual* (teatro, 2002), *Sueños reales* (Ensayos, 2008) y sobre todo, las novelas *Grandes Miradas* (2003) y *La hora azul* (2005). Cueto obtuvo con esta obra el prestigioso Premio Herralde en España el 2005. Aunque los acontecimientos que describe acontecen en la década del 90 durante los años más álgidos de lucha entre la guerrilla senderista y el estado peruano, el narrador protagonista se sitúa en el presente, lo que le da al relato su sentido de reflexión, esclarecimiento y búsqueda de la verdad acerca de la historia nacional y familiar.

Al comienzo de la novela se describe ese huerto cerrado que es el mundo de Adrián Ormache, uno de los protagonistas de la novela. Adrián es un abogado de 42 años, próspero, que vive en San Isidro, ese distrito de ambiente palaciego y de un gran dinamismo económico, y transita alrededor de Miraflores, zonas acomodadas de Lima. Trabaja en una firma

de abogados que atiende a los sectores más pudientes e influyentes de la sociedad peruana y se percibe a sí mismo como un hombre exitoso y feliz al lado de su esposa Claudia, mujer elegante e inteligente, y de sus dos hermosas hijas Alicia y Lucía. Al principio, este mundo, tan armoniosamente construido, apenas si se ve perturbado por el mal humor o el capricho de un cliente, las largas y aburridas reuniones de trabajo o la insistencia del suegro de llevarlo de vacaciones a Miami. Es un microcosmos que no puede menos que recordarnos los fantasmas coloniales que Bryce Echenique exorcizara, hace ya varias décadas, en su hermosa novela *Un mundo para Julius*. Pero hay una suerte de dialéctica negativa en la novela de Cueto donde este mundo armonioso aparece simplemente como una apariencia, como una careta, que esconde la verdadera realidad y que Adrián, el narrador protagonista, irá descubriendo a lo largo de la historia. Conforme se va alejando el protagonista del hogar, esa fortaleza de la familia burguesa, sus ideales y valores entran en crisis. Ese otro mundo, que rebasa los linderos familiares, de la intimidad y las virtudes domésticas, amenaza el equilibrio mismo del hogar. En contraposición, las barriadas limeñas habitadas en su mayoría por pobladores andinos desplazados por la guerra interna y la región de la sierra central peruana, representan dos formas de vida alejadas una de la otra por diferencias de clase, raza e idioma. Puede observarse, pues, un doble movimiento en la novela: espacial, que lo lleva a las barriadas limeñas, la ciudad de Huamanga, el poblado de Laricocha y el mismo cuartel de Huanta, y un movimiento en el tiempo que proyecta el pasado en la cotidianidad del presente.

De la misma manera como la muerte de Ursula Iguarán desemboca en la crisis final de los Buendía, el mundo de Adrián Ormache comienza a desvanecerse el día que muere su madre y él comienza a ordenar sus papeles. Adrián reflexiona sobre su cercanía afectiva a la madre; rememora su larga enfermedad, el dolor de su ausencia, su sentido filantrópico, el cuidado que había tomado para dejar todo en orden sabiendo que se moría. Adrián asume que había heredado de su madre "el idealismo, el optimismo militante, la pasión por la música y la lectura" (23). En cambio, sufre la lejanía de un padre que siempre estuvo ausente después del divorcio,

cuando él y su hermano Rubén apenas eran pequeños. El regreso del hermano Rubén de Nueva Jersey, que se parece físicamente a Alberto Ormache, y que guarda una imagen positiva del padre, le da la oportunidad para recordar los pocos momentos con él, del cual el protagonista, con reproche y resentimiento dice: “Mi papá. Yo había hecho todo lo posible por apartarme de esos recuerdos suyos” (22). Sin embargo, en el torbellino de afectos encontrados, Adrián también tiene fantasías sobre la conducta de su padre a quién imagina como un héroe de la guerra anti-senderista: “Así pues, durante muchos años, viví con la certeza de que mi padre había estado en Ayacucho, luchando contra los terroristas de Sendero Luminoso, y que había hecho algo por defender nuestra patria y que por eso le debíamos respeto” (26).

Es precisamente esta fantasía la que los eventos van a deconstruir. Hay un recuerdo que había relegado, como un trasto viejo, en el sótano de su memoria y tiene que ver con los instantes de agonía de Alberto Ormache cuando éste le pide encarecidamente que busque a una joven, Miriam, en Huanta (Ayacucho). El general Ormache había cumplido varios “caimanos” o turnos en la zona de la guerra antisubversiva contra el grupo guerrillero Sendero Luminoso. La novela adopta la estructura del relato policial y la búsqueda de Miriam se convierte en el hilo de Ariadna que aglutina y amarra los hilos de la acción. La obra está estructurada en veinticuatro capítulos cortos que desarrollan en un ritmo de *thriller* la muerte de la madre del protagonista, el descubrimiento de una carta de una tal Vilma Agurto en la que maldice a la madre de Adrián, el encuentro con Chacho Osorio y Guayo Martínez (subordinados del comandante Ormache en Huanta), la búsqueda de Miriam y su ubicación en el distrito de San Juan de Lurigancho, el enamoramiento entre Adrián y Miriam y la relación, final, de Adrián con Miguel, el hijo de Miriam y el comandante Ormache. Sin embargo, una segunda mirada nos descubre su estructuración íntima compuesta de dos partes donde la primera se extiende desde el primer capítulo hasta el quince. Desde el descubrimiento de la existencia de Miriam Anco, hasta su hallazgo en San Juan de Lurigancho. La segunda parte describe el enamoramiento de Adrián resultado tal vez de su curiosidad, su sentido de culpa, su deseo de proteger a Miriam y a su hijo,

como una justificación de su propia conducta o de una manera de reparar el daño causado por el padre. Otra posible interpretación lacaniana, sobre la que insistiremos más adelante, sería el deseo oculto de actuar y reemplazar al padre, negándolo, y tomando su lugar.

Es en la estructuración de la novela, que sigue la forma del género policial con sus vueltas y falsas pistas, sus descubrimientos y coincidencias, manipulando los asuntos históricos con la imaginación novelística, lo que mantiene en suspenso al lector. Pero a diferencia del género clásico chandleriano, lo que le interesa a Cueto como en las novelas policiales de Piglia, Roncagliolo o Padura, no es develar el autor del crimen, sino el contexto social y político que hacen posible la violencia y la crueldad en la sociedad peruana. De la misma manera en que el narrador de *Conversación en la Catedral* se hacía la pregunta: “¿En qué momento se había jodido el Perú?”, Alonso Cueto, indirectamente, a través de un epígrafe del novelista español Javier Cercas se hace una pregunta clave acerca de la verdad y la moral: “Sí—dije, y casi sin darme cuenta añadí—: A lo mejor uno no es sólo responsable de lo que hace, sino también de lo que ve o lee o escucha” (12). Este narrador, lector del Quijote y sabedor de la existencia de otros lectores, nos endilga una pregunta muy comprometida acerca de nuestra responsabilidad con la historia. Por supuesto que está pregunta dirigida al lector y al protagonista de la novela sólo podrá ser respondida al final de la obra cuando el lector tiene una visión más o menos totalizadora de las profundas divisiones raciales, étnicas, sociales, lingüísticas y culturales de la sociedad peruana. En la novela de Cueto, como lo quería Balzac, la historia personal, familiar, deviene la historia de la nación. Lo que va a descubrir gracias a Chacho Osorio y Guayo Martínez, dos lugartenientes que sirvieron en Huanta al lado del oficial de la Marina Alberto Ormache, y los testigos oculares de la guerra interna, le toca no solamente al narrador, sino que se convierte en una alegoría de la nación peruana en un momento de crisis.

La búsqueda de Miriam lleva a Adrián a otros barrios limeños como La Victoria, Breña y Lurigancho donde los edificios a medio terminar, los baches de las pistas, las lunas rotas de las casas, los perros flacos que deambulan por las calles, la suciedad, la pobreza de sus pobladores

(mientras él observa protegido desde el interior de su Volvo), lo hacen sentir un forastero dentro de su propio país, al punto de exclamar: “Para mí todo eso era un territorio lunar. Jamás había pensado estar allí. Recordaba el nombre de San Juan de Lurigancho en las informaciones de resultados electorales por la televisión” (152). Ciertamente, este es un espacio alejado de San Isidro y Miraflores donde los jóvenes ejecutivos y empresarios consumen comida *gourmet* en la avenida Conquistadores y Larco Mar. Pero así también durante los 80 la guerra interna era algo que sólo sucedía en un espacio remoto muy lejos de Lima y de la sensibilidad limeña que se enteraba de los caídos con gran indiferencia. ¿Cómo fue posible “el eclipse del otro,” para decirlo con palabras del filósofo Enrique Dussel? La Sierra del centro y sur peruana donde se llevó la mayoría de los encuentros entre Sendero Luminoso y el ejército aparecía no sólo alejada espacialmente, sino quizás más importante para entender la novela, sus pobladores, en su mayoría indígenas hablantes del quechua, históricamente han permanecido marginados de los centros de poder y del imaginario nacional. Sobre ellos ha recaído lo que el filósofo Slavoj Žižek, en su libro sobre la violencia, denomina la violencia “objetiva”, “subjetiva” y “simbólica.” La primera, es sistémica y sostiene las relaciones de dominación y explotación; la segunda, es la violencia ejercida por los aparatos represivos del estado y, la tercera, es la violencia simbólica o ideológica: el racismo, la discriminación que hacen posible la justificación de la violencia directa, física (los asesinatos en masa, los desaparecidos y la tortura) (Žižek 10).

Los indígenas han sufrido, como es claro a través de la polémica entre Juan Ginés de Sepúlveda y el padre Bartolomé de Las Casas, desde la época colonial, la construcción histórica de su identidad: irracionales, inferiores, sodomitas, subhumanos, arcaicos, incapaces de alcanzar la modernidad, etc. De acuerdo con la más reciente narrativa neoliberal, como lo señaló en su momento Misha Kokotovic en un excelente libro, *La división colonial en la narrativa peruana*, el indígena se encuentra viviendo, vidas primitivas y alejado de la vida moderna. De lo que se trataría entonces es de forzar la inmigración andina en un proceso que el sociólogo Matos Mar llamó en su momento la “cholificación”, esa reconstrucción de una nueva identidad producto del abandono de

tradiciones, costumbres y valores ancestrales y la aculturación en el espacio limeño. En una dialéctica perversa, una de las consecuencias positivas, de acuerdo a Hernando de Soto, del desplazamiento forzado de las comunidades indígenas sería la aparición de un capitalismo informal y popular. Como en su momento señaló la Comisión de la verdad y reconciliación, sólo a finales de los 80 y comienzos del 90, cuando la violencia se sintió en los centros del poder, se comenzó a pensar en términos de un conflicto nacional.

Una de las virtudes de *La hora azul* es haber puesto en el centro de sus historia la problemática de la violencia en contra de las comunidades indígenas por parte del Estado y de la guerrilla senderista. Hay que recordar que el senderismo, lejos de representar los intereses de las comunidades indígenas o de un “mesianismo andino”, como se pensó en un principio, se convirtió en un grupo terrorista que concebía las comunidades indígenas como sociedades pertenecientes a una sociedad semi-feudal alejadas del modo de producción capitalista. Al suprimir por la fuerza cualquier iniciativa capitalista de las comunidades, éstas se rebelaron y en muchos casos denunciaron a la guerrilla. La paradoja e ironía de la interpretación de las sociedades andinas por parte del marxismo de Sendero Luminoso, el neoliberalismo de Hernando de Soto y Mario Vargas Llosa y las fuerzas del Estado es que en el fondo comparten la conceptualización de estas sociedades como arcaicas y pre-capitalistas. En *La hora azul* el protagonista Adrián, siguiendo una posible pista que lo lleve al paradero de Miriam, viaja a Huanta, uno de los epicentros de la guerra senderista y escucha este escalofriante relato:

Se llama Ayahuarcuna, allí iban dejando los cadáveres, yo lo que quería era el cuerpo de mi esposo, muerto aunque sea pero tener su cuerpo. Eso nomás quería. Allí pues en Ayahuarcuna senderistas y militares dejaban sus muertos. Fui con otras dos señoras que también estaban buscando, vimos puros cadáveres, bien torturados estaban, habían sacado su panza, su quijada, su lengua, un ojo, sus uñitas, sus dedos estaban cortados. (161)

Esta y otras escenas del libro confrontan a Adrián (y al lector) frente al horror y la maldad. Y uno no puede menos que preguntarse acerca de los límites de la crueldad humana y el ejercicio del poder sobre los más vulnerables. Y aunque en el párrafo citado nunca se sabe exactamente de

los autores de las masacres, sospechamos que ambos, los Senderistas y el ejército, participan (en ese espacio de excepción creado por la guerra interna) en la matanza y tortura de los campesinos. Jean Franco, en un libro verdaderamente conmovedor, *Cruel Modernity*, ha señalado como el secuestro, la tortura, la violación y descuartizamiento son el resultado de un conocimiento codificado, que pasa por el entrenamiento en las academias, las fuerzas policiales y los centros de estudios extranjeros como The School of the Americas. Aunque el asesinato y tortura tienen el mismo fin, la desaparición y aniquilamiento físico y psicológico del otro, sus impulsos son diferentes. Las masacres son el resultado de la acción coordinada de grupos, mientras que la participación de los individuos en la tortura presupone, como señala Franco, el cálculo del dolor infligido para que la víctima no perezca antes de divulgar los presuntos secretos. En el acto de la tortura, como se deduce de las conversaciones entre Chacho Osorio y Guayo Martínez, los lugartenientes del Comandante Ormache, encargados de las detenciones, desapariciones extrajudiciales y torturas, hay un elemento orgiástico y de placer sádico producido al infligir dolor en sus víctimas:

A veces los metíamos bajo el agua de una tina para que confesaran. Si no les hacíamos así nosotros, nos hacían ellos pues, era así. A veces les poníamos alambres en los cojones o en los senos. Pero a veces nomás.

Muchos torturadores se vuelven adictos a los gritos, a las contorsiones, a las súplicas, a las pruebas del dolor. (172)

Enseguida después de escuchar el relato de Chacho y Guayo el narrador apunta: “Durante las cuatro o cinco horas que pasé con ellos, los veía como a través de una cortina: dos monos felices embebidos en sus alardes, malabaristas jugando con las pelotitas de distintos colores de sus recuerdos, sus bocas como un vertedero” (75).

En Huanta el taxista Anselmo lo lleva por los campos de la muerte donde yacían los cuerpos torturados y tirados de los campesinos, expuestos a la mirada ajena (y ahora al recuerdo de Adrián), aparecen en toda su vulnerabilidad y mortalidad, como meros despojos, como la “basurización” del ser, de la humanidad. Pero esta memoria se enturbia todavía más sabiendo que en el cuartel de Huanta el padre había secuestrado, violado y

hecho su amante a Miriam. Esta joven podría haber corrido la misma suerte de otras secuestradas, violadas y después asesinadas: “a las mujeres, ya pues, a las mujeres a veces se las tiraba y ya después se las daba a las tropas para que se las tiraran y después les metieran bala, esas cosas hacía” (37). Pero ella se salva porque el padre de Adrián se encapricha con ella, le llega a tener cariño, y al final Miriam, en un descuido de sus captores, logra embriagar a Chacho y Guayo y se escapa durante la ausencia del comandante Ormache. Corre toda la noche con el temor del amanecer, de ser descubierta a la luz del día ( la hora azul) por los soldados que andan en su búsqueda, hasta que logra ver la ciudad de Huamanga y desesperada se refugia en la casa de su tío Vittorino.

Es a partir de la segunda parte de la novela (el capítulo XVI) que la novela toma un giro inesperado y melodramático. En esta parte de la novela el desarrollo de los personajes se subordina a la trama y se incide en la situación inverosímil de la relación entre un abogado de la clase alta y una pobre desplazada ayacuchana. Como el héroe del melodrama clásico, Adrián viene al rescate de la sufriente víctima ( Miriam) a manos del villano (el padre), y el final feliz se plantea como el triunfo de la virtud sobre la maldad. El lector tiene que hacer un gran esfuerzo para suspender la incredulidad y aceptar el mundo ficticio que nos plantea el autor. Pero una vez superado este momento, la relación que se plantea entre Adrián, Miriam y el hijo de ésta, es rica en derivaciones psicológicas e ideológicas para entender mejor al personaje Adrián y el mundo representado de la década del 90 y sus consecuencias en la sociedad peruana a comienzos del nuevo milenio. A su regreso de Huanta, gracias a un dato del padre Marcos, Adrián logra localizar a Miriam en Lurigancho donde se desempeña como peluquera en un pequeño local de su propiedad. Después de hacerse pasar por un cliente, Adrián entabla una conversación trivial con Miriam hasta que ella le dice: “Doctor Ormache, veo que usted es igualito a como me habían contado” (208). Al final ella le pide que por favor no vuelva nunca, y sin embargo, Miriam comienza a ser una obsesión en la vida de Adrián: “Estaba yendo a verla. Tenía que verla. Mi único deseo era que estuviera sola cuando yo llegara. El corazón me galopaba mientras me veía obligado a parar en cada luz roja” (215). A pesar de las negativas de Miriam, Adrián la

sigue frecuentando, quiere ayudarla económicamente y le deja un sobre con dinero después de cada visita. El quiere saber acerca de la relación con su padre y ella le confiesa que en su momento llegó a odiarlo por el engaño, el abuso y la pérdida de su familia, pero ahora, transcurridos ya varios años, ha dejado de odiarlo y hasta le guarda cierto cariño. Las visitas de Adrián comienzan a ser parte de su rutina, no sabe si está enamorado de Miriam, pero termina teniendo una aventura amorosa con ella. Se produce una doble transferencia; por un lado, hay un deseo por parte de Adrián, de meterse en la piel de su padre, pero desde la perspectiva de Miriam, Adrián es en parte la imagen de su padre: “Sí, algo te pareces, en los ojos, en la cara, algo. Y, además, eres igual a él, en algo eres igual. Era un hombre tan violento y cruel pero conmigo era tan delicado, era tan delicado cuando estaba conmigo” (253). Si a los ojos de Adrián la madre aparecía con la fuente de la certeza y rectitud moral, el padre aparece, para decirlo en términos freudianos, como “*pater semper incertus est*”, una filiación que se mantiene, hasta el final, incógnita, como un signo que guarda un resto descifrable y significativo. El padre es el donador de una filiación y genealogía que lo encadena a una historia. Al recibir el nombre del padre, Ormache, también adquiere, junto con la deuda filiativa, un sentido de culpa. Borrar esa culpa, siendo el “otro” sin los defectos—sin la maldad del otro—es parte de su desafío existencial. Por su parte, Miriam (como tantas víctimas de tortura) tiene que articular el pasado en su memoria: la violación a manos del comandante Ormache le produjo dolor físico y mental y terminó siendo sometida a la voluntad y deseo de su torturador de obtener placer y gozar de su poder sobre un cuerpo vulnerable. Y aunque Miriam parece haber perdonado a su captor y padre de su hijo Miguel, no puede sacudirse los efectos del trauma: las pesadillas, la melancolía, la profunda tristeza y el duelo que finalmente la llevan al suicidio.

Después de la muerte de Miriam, Adrián se encarga de cuidar de alguna manera de Miguel. Miguel es un chico retraído y sufre aparentemente los traumas psicológicos heredados de su madre. Adrián busca ayuda psicológica para Miguel, provee asistencia económica y, al final de la novela, el muchacho le agradece en un gesto de reconciliación

con el otro, pues no sabe exactamente quién es y por qué lo ayuda. Tampoco Adrián contribuye a la aclaración de su relación genealógica, nunca le expresa que Miguel es en realidad su hermano. Es claro que pese a los esfuerzos de su identificación con el “Otro”, esta identificación, aparece como parcial y limitada. Adrián siempre pertenecerá a otro mundo, ese mundo que el momentáneamente había descuidado: los valores e ideales de su familia burguesa y su entorno empresarial. Expulsado por Claudia al enterarse de su relación con Miriam, Adrián regresa a su hogar después de varios meses y se reconcilia con su esposa y con la vida. No importa que ese mundo sea trivial, acaso superficial, si le pertenece de todos modos y no podría vivir en otro. En su cuaderno personal escribe: “La realidad es la resignación. Nos vemos obligados a darnos cuenta de que nuestra soledad esencial es esa realidad” (297). Se produce así una homeóstasis, ese equilibrio interno en el seno familiar y de clase social. Al final, es consciente de los límites de su acción personal, aunque intuye que algo ha cambiado radicalmente en su vida:

Es obvio que yo no voy hacer nada por remediar esa injusticia tan enhebrada a la realidad, no puedo hacer nada, no voy ayudarlos, a lo mejor tampoco me interesa. Y sin embargo, haber sabido sobre tantas muertes y torturas y violaciones ahora me entristece tanto, y también me avergüenza un poco, no sé, no sé por qué. No voy a olvidarlos. Aunque sólo me lo diga a mí mismo, y a ella. (274)

Al final, manteniendo la separación de los dos mundos, uno occidental, de un capitalismo neoliberal, y el otro, andino, castigado por el atraso, la violencia y la pobreza, el narrador como bien ha señalado Juan Carlos Ubilluz, se encierra en su humanidad individual. Sin duda, Adrián Ormache es una persona sincera y benevolente y se preocupa por el sufrimiento de Miriam, su hijo Miguel y las innumerables víctimas de la guerra interna, pero su actitud solipsista, revela en última instancia su insensibilidad a la violencia sistémica que hizo posible, simultáneamente, la guerra interna y la vida burguesa de la que gozan él y su entorno familiar.

**Bibliografía**

- Burt, Jo-Marie. *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009.
- Chandler, Raymond. *El simple arte de matar*. Buenos Aires: Emece, 1989.
- Christian, Ed. *The Post-Colonial Detective*. New York: Palgrave Macmillan, 2001.
- Congrains Martin Enrique. "Reflexiones a propósito de *La hora azul* de Alonso Cueto." *Zona de noticias* 26 Oct. 2006. Web. Jun. 15 2008.
- Cox, Mark. Prólogo. *El cuento peruano en los años de la violencia*. Lima: San Marcos, 2000.
- Cueto, Alonso. "Con Sendero perdimos todos." *La República* 11 Ago. 2005. Web. 24 Jul. 2008.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mille Plateaux*. Paris: Editions de minuit, 1980.
- Eagleton, Terry. *Ideology: an Introduction*. London: Verso, 1991.
- Faverón Patriau, Gustavo. "El Precipicio de la afiliación." Prólogo. *Toda la sangre. Antología de cuentos peruanos sobre la violencia política*. Por Gustavo Faverón. Lima: Matalamanga, 2006.
- Franco, Jean. *Cruel Modernity*. Durham and London: Duke University Press, 2013.
- Genette, Gérard. *Figures III*. Paris: Editions du Seuil, 1972.
- Gorriti, Gustavo. *Sendero. Historia de la Guerra milenaria en el Perú*. Lima: Planeta, 2008.
- Gutierrez, Miguel. "Narrativa de la Guerra II: La Novela." En su *El Pacto con el Diablo. Ensayos 1966-2007*. Lima: San Marcos, 2007. 377-440.
- Harvey, David. *The Condition of Postmodernity: An Inquiry into the Origins of Cultural Change*. Cambridge, MA: Blackwell, 1989.
- Higgins, James. "El Racismo en la literatura peruana." *Heterogeneidad y literatura en el Perú*. Ed. James Higgins. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar, 2003.

- Kirk, Robin, *Grabado en piedra. Las mujeres de Sendero Luminoso*. Trad. Enrique Bossio. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1993.
- Kokotovic, Misha. *The Colonial Divide in Peruvian Narrative*. Sussex: Sussex UP, 2005.
- “La novela negra se hace mestiza.” *El Mundo*. 07 Jul. 2004. Web 19 Ago. 2004.
- Ruz, Robert. *Contemporary Peruvian Narrative and Popular Culture: Jaime Bayly, Ivan Thays and Jorge Eduardo Benavides*. Rochester, New York: Tamesis, 2005.
- Vich, Víctor. “Arte y Violencia en el Perú.” *Presencia Cultural* 8 Nov. 2006. Web. 11 Mar. 2007.
- Zapata, Roger. “Curacas y Wamanis: la dialéctica de aceptación y rechazo en *La Nueva Crónica* de Guamán Poma.” *De Conquistadores a conquistados. Realidad, justificación, representación*. Karl Kohut, ed. Vervuert Verlag, Frankfurt am Main, 1992. 216-227
- . “Trois moments de l’indigenisme au Perou: de Clorinda Matto de Turner au Sentier Luminoux.” *L’Indien , Instance discursive*. Montreal: Les editions Balzac, 1993. 351-370
- Zizek, Slavoj. *Violence: Six Sideways Reflections*. New York: Big Ideas/Small books, 2008.